

—Nada más puedo decir á usted, por que no sé más.

—Permítame usted una pregunta, la última. Si sus palabras no tenían más importancia que la que ahora les concede, ¿por qué temía que las oyera su hermano? En ellas no hay nada que pudiera disgustar á él ni á usted.

—Es que mi hermano tiene grandes deseos de que en el castillo haya habitante, porque está convencido de que de ello depende el bienestar de los pobres labradores del páramo. Por eso se incomodaría mucho si supiera que yo había dicho algo que pudiera ocasionar la marcha de sir Henry. Pero ya he cumplido con mi deber y no añadiré ni una palabra más. Me marcho inmediatamente, no sea que mi hermano me eche de menos y sospeche que he hablado con usted. ¡Adiós!

Dió media vuelta, y pocos minutos después había desaparecido entre los peñascones, mientras yo, atormentada el alma de vagos temores, proseguí el camino hacia el castillo de Baskerville.

VIII

De aquí en adelante seguiré el curso de los acontecimientos transmitiendo mis propias cartas, que tengo delante, dirigidas á Sherlock Holmes. Una sola página me falta. Por lo demás, están tal como las escribí y demuestran mis sentimientos y sospechas del momento con más exactitud que lo pudiera hacer la memoria, por muy presentes que tenga tan funestos sucesos.

«Castillo de Baskerville y Octubre 13.

»Mi querido Holmes: Mis anteriores cartas y telegramas le habrán puesto al corriente de todo cuanto ha ocurrido en este apartado rincón del mundo, olvidado y abandonado de la mano de la Providencia. Cuanto más tiempo se reside aquí, más penetra en el alma el aspecto del páramo, más impresiona su inmensidad, sus lúgubres encantos. Una vez que se halla uno fuera de su centro queda muy atrás toda señal, todo vestigio del mundo moderno, mientras que, por otra parte, se ve en todos lados las obras y las viviendas del pueblo prehistórico.

»A medida que se avanza por el páramo, las casas, las tumbas y los enormes monolitos, que se supone son restos de sus templos, le cercan á uno por

todos lados. Cuando se contemplan aquellas cuevas de piedra oscura abiertas en los estériles flancos de los despeñaderos, se olvida uno de la edad en que vivimos, y si se viera salir de uno de aquellos estrechos agujeros, que sirvieron de puertas, á un hombre velludo, cubierto de pieles y con la flecha en la mano, su presencia parecería más natural que la de uno mismo. Lo que más me extraña es que hayan habitado durante tanto tiempo una tierra que ha debido ser siempre tan estéril como ahora. No soy erudito, pero me parece que debía ser una raza pacífica y muy perseguida, por lo cual se vió precisada á aceptar lo que no quiso ocupar nadie.

»Pero todo esto es muy ajeno á la misión de que estoy encargado y tal vez de muy poco interés para usted. No se me olvidará nunca su completa indiferencia respecto de si el sol gira alrededor del mundo, ó el mundo alrededor del sol. Vuelvo, pues, á ocuparme de los incidentes relacionados con sir Henry.

»El motivo de tener á usted unos días sin noticias ha sido sencillamente porque nada digno de mención ocurría. Después surgió un incidente curiosísimo que ya le contaré. Ante todo necesito ponerle en relación, como si dijéramos, con los personajes de la obra. Uno de ellos, y de quien he hablado poco hasta ahora, es el presidiario que se escapó de Princetown. La opinión general es que ha conseguido huir también del páramo, lo que sirve de satisfacción á cuantas personas viven en el distrito. Hace

quince días que le echaron de menos en el presidio, y desde entonces no se le ha visto ni oído nada absolutamente que pueda indicar su paradero. No se concibe que haya vivido tanto tiempo en el páramo, por más que tiene abundantes sitios donde podía haberse ocultado; por ejemplo, cualquiera de las cuevas. Pero en cambio no hubiera tenido alimento de ninguna especie, á no haber conseguido matar alguna oveja de los rebaños que pastan por aquí. Creemos, pues, que se ha ido ya, y esta creencia ofrece mayor tranquilidad á los labradores.

»En esta casa somos cuatro hombres fuertes y bien armados, y, en caso necesario, sabríamos defendernos bien; pero confieso que el recuerdo de la situación de los Stapletons me ha hecho pasar más de un mal rato. La casa en que habitan está emplazada á algunas millas de otra vivienda. Son cuatro: una criada, un anciano criado, la hermana y el hermano, que no parece muy fuerte. Si llegara á penetrar en su casa el criminal de Notting Hill, no tendrían manera de defenderse y quedarían completamente á merced del fugitivo. Tanto sir Henry como yo estábamos inquietos por el peligro que corren, y se llegó á proponer que fuese Perkins (el lacayo) á dormir allí, pero Stapleton se negó rotundamente.

»La verdad es que nuestro común amigo sir Henry comienza á demostrar demasiado interés hacia su linda vecina. Y no es de extrañar, porque en algo ha de pasar el tiempo, que se hace muy largo aquí para un hombre de su carácter activo, y ella es en-

cantadora y muy amable. Su temperamento alegre y bullicioso contrasta con el frío é impasible de su hermano, aunque á veces éste revela cierta vehemencia inesperada. Estoy seguro de que ejerce mucha influencia sobre ella, porque en más de una ocasión he visto que, mientras conversaba, le miraba á él, como si buscara la aprobación á lo que decía. Hay en su rostro algo que bien pudiera indicar un carácter duro y cruel. Usted encontraría en Stapleton materia para un estudio interesante.

»El día de nuestra llegada vino á visitar á sir Henry Baskerville, y á la mañana siguiente nos llevó á ver el sitio donde se dice tuvo origen la leyenda del malvado Hugo. Para llegar hasta allí hay que recorrer unas cuantas millas del páramo, y es aquel paisaje de aspecto tan lúgubre y siniestro, que basta por sí solo para sugerir la horrible historia.

»Nos encontramos con un reducido valle situado entre dos elevaciones, el cual desemboca en un espacio cuajado de hierba blanca, que es la que florece en el páramo. En el centro de ese espacio hay dos colosales moles de piedra, gastadas y afiladas en los extremos superiores, hasta el punto de que parecen los enormes colmillos petrificados de algún mónstruo.

»El sitio corresponde perfectamente con la escena de la horrible tragedia. Sir Henry prestó mucha atención, y más de una vez preguntó á Stapleton si él cree en la verosimilitud de la mediación de lo sobrenatural en las cosas del hombre. Aparentaba

indiferencia, pero era fácil adivinar que estaba muy impresionado. Stapleton contestó con cierta seriedad, pero comprendí que decía menos de lo que podía haber dicho respetando la sensación que tal vez causarían sus revelaciones á sir Henry. Nos refirió varios casos semejantes, en los que algunas generaciones han sufrido las consecuencias de una maldición lanzada sobre una familia, y cuando se despidió de nosotros nos dejó con la impresión de que participaba de la opinión general en lo tocante al asunto de los Baskervilles.

»A nuestro regreso nos quedamos á almorzar en Merripit House, y allí fué donde sir Henry conoció á miss Stapleton. Desde el primer momento la joven atrajo mucho á sir Henry, y no creo equivocarme al decir que sir Henry no le fué indiferente á ella. Cuando volvíamos á casa nuestro amigo habló de ella más de una vez, y desde entonces no ha pasado día sin que hayamos visto á los Stapleton.

»Están invitados á comer con nosotros esta noche, y nosotros almorzaremos con ellos un día de la semana entrante. Era de suponer que Stapleton se vería lisonjeado con tan excelente proporción para su hermana; pero no debe de ser así, porque más de una vez he sorprendido una mirada de profundo disgusto en sus ojos cuando sir Henry habla con la joven.

»Comprendo que viviría triste y solitario sin su hermana, pero no lo creo tan egoísta como tendría que serlo para impedir el enlace de la joven. No

obstante, estoy segurísimo de que no quiere que la amistad se convierta en amor, y he notado muchas veces que ha hecho lo posible para evitar que se hablasen á solas. Y á propósito, la orden que me dió de que no dejase á sir Henry ni á sol ni á sombra resultaría harto pesada y enojosa si á las demás dificultades hubiese que añadir unas relaciones amorosas. Si llegara á cumplirla al pie de la letra, indudablemente se entibiaría mi amistad con sir Henry.

»El otro día, el jueves para ser más exacto, el doctor Mortimer vino á almorzar con nosotros. Se había entretenido haciendo excavaciones en Long Down, y está contentísimo porque ha encontrado allí un cráneo prehistórico. ¡Qué entusiasmo el suyo! Más tarde llegaron los Stapleton, y el buen doctor, accediendo á los deseos de sir Henry, nos llevó á la Avenida de los Tejos para darnos á conocer sobre el terreno cómo ocurrieron los sucesos en aquella noche fatal.

»La Avenida es un paseo largo y tristón, que se extiende entre dos hileras de zarzas con una faja de hierba á cada lado. En un extremo hay una glorieta muy antigua, casi arruinada. Hacia la mitad del paseo se halla una puertecita que da al páramo. Allí fué donde el pobre sir Charles dejó la ceniza del cigarro que fumaba. Es de madera blanca y tiene un cerrojo. Al otro lado se extiende el vasto desierto del páramo. Recordando las suposiciones de usted procuré reconstituir todo cuanto allí sucedió. Mientras el año permanecía en aquel sitio fumando tranquila-

mente llegó á ver algún objeto que atravesaba el páramo, y tal horror debió inspirarle que, perdiendo el juicio, echó á correr hasta que cayó muerto de miedo y de fatiga. Allí estaba aquel largo y sombrío túnel por el que huyó. ¿Y de qué? ¿Se asustó de algún perro de guardar ganados, que abundaban en el páramo? ¿Sería quizás algún animal monstruoso, negro y fantásticamente horrible? ¿Sabría el impasible Barrymore más de lo que nos decía? Todo se presenta misterioso, vago y obscuro, pero destacándose siempre la negra sombra del crimen.

»Otro vecino nuestro he conocido desde que escribí mi última; es Mr. Frankland, de Safter Hall, posesión situada á cuatro millas al Sur de aquí. Es hombre de edad avanzada, coloradote, de pelo cano y de carácter violento. Se pone furioso al hablar de las leyes británicas y ha derrochado en pleitos una buena fortuna. Pleitea sólo por el placer de pleitear, y está siempre dispuesto á sostener tanto un lado como otro de la cuestión; de manera que no es de extrañar que encuentre cara la diversión. A veces se le ocurre cerrar un camino y desafía á la parroquia para que le obliguen á abrirlo. Otras veces arranca con sus propias manos la puerta de un vecino y declara que el paso libre existió allí desde tiempos inmemoriales y reta al dueño á que le lleve á los tribunales por atentado contra la propiedad. Está muy bien enterado de los derechos privados y comunales, y aplica sus conocimientos cuándo á favor, cuándo en contra del pueblo de Fenworthy; así que, tan pronto

le llevan en volandas por las calles como le quemaron en efígie, según haya sido su última hazaña.

»Dicen que actualmente tiene pendientes de resolución siete pleitos, los que probablemente acabarán con su fortuna, dejándole indefenso para lo sucesivo. Por lo demás, es hombre pacífico, noble y generoso, y si hago mención de él es porque me encargó usted que le hablara de todos los vecinos del páramo. Ahora pasa el tiempo de una manera singularísima. Es muy aficionado á la astronomía y posee uno de los mejores telescopios que yo he visto, con el cual, desde la terraza de su casa, se entretiene en explorar toda la extensión del páramo, con el exclusivo objeto de descubrir al presidiario fugado de la cárcel. Menos mal si dedicara todas sus energías á esto, pero se cuenta habersele oído decir que piensa echar todo el peso de la ley sobre el doctor Mortimer por haber abierto una tumba sin el permiso de la familia del difunto enterrado en ella y, principalmente, por haber sacado el cráneo prehistórico en Long Down. Con su estrambótica manera de ser alegre la monotonía de esta vida y nos ofrece no pocos lances cómicos.

»Y ahora, después de haber puesto á usted en relación con los movimientos del presidiario, los Stapleton, el doctor Mortimer y Frankland de Safter Hall, acabaré hablando de lo que más nos interesa, ó sea de los Barrymore, y, sobre todo, del sorprendente acontecimiento ocurrido anoche. En primer término me ocuparé del despacho que envió usted

desde Londres para saber fijamente si Barrymore estaba aquí. Ya he dicho que por la declaración del jefe de correos y telégrafos se demuestra que la prueba fué inútil y que no podemos estar seguros ni de una cosa ni de otra. Referí á sir Henry el resultado de mis investigaciones, y en seguida hizo llamar á Barrymore, á quien preguntó si había ó no recibido el telegrama. Barrymore contestó afirmativamente.

»—¿Se lo entregó á usted mismo el muchacho?—
dijo sir Henry.

»La pregunta sorprendió al criado, quien tardó un momento en responder.

»—No, señor—contestó luego.—Estaba yo arriba cuando vino, y me lo subió mi mujer.

»—¿Puso usted mismo la contestación?

»—No, señor. Le dije á mi mujer lo que había que contestar y ella se encargó de hacerlo.

»Por la noche habló él del asunto por su exclusiva voluntad.

»—No pude comprender, sir Henry—dijo,—el motivo de sus preguntas de esta mañana, pero desde luego supongo no haber hecho nada para desmerecer la confianza de usted.

»Sir Henry le aseguró que no había tal cosa, y para tranquilizarle le regaló una parte de la ropa que trajo consigo, ya que ha llegado el nuevo equipo que encargó en Londres.

»La mujer de Barrymore me interesa mucho. Es persona de aspecto digno, respetable, gruesa, de mi-

rada fría y muy dada á la religión. No puede concebirse persona menos impresionable. No obstante, como ya he dicho, estoy seguro de que fué ella la que sollozaba y lloraba tan amargamente la noche de nuestra llegada. Desde entonces más de una vez he observado señales de lágrimas en su rostro. Alguna pena muy honda la aflige. Hay momentos en que pienso si tendrá algún remordimiento de conciencia; en otros sospecho si su marido será algún tiranuelo doméstico. Desde el primer día he creído que hay algo muy digno de estudio en el carácter de este hombre singular, y lo ocurrido anoche me ha hecho entrar en mayores recelos, que tal vez sean infundados.

»Bien sabe usted que tengo el sueño muy ligero; es más, desde que vine á esta casa casi puede decirse que, convertido en guardián de sir Henry, he dormido menos que nunca. Anoche, á eso de las dos de la madrugada, sentí ruido de pasos furtivos que no andaban lejos de mi alcoba. Me levanté inmediatamente, abrí la puerta y eché una mirada por el pasillo. Lo primero que ví fué una larga sombra negra que marchaba en dirección á la escalera. Aquella sombra procedía de un hombre que, con una vela en la mano, andaba á hurtadillas por el pasillo. Vestía solamente camisa y pantalón y estaba descalzo. No pude distinguir más que el contorno, pero su altura no me dejó ninguna duda de que era Barrymore. Marchaba pausadamente, con recelo, y en todo su aspecto había algo que parecía infundir sospechas.

»He manifestado ya que el pasillo está interrumpido por la galería que rodea el vestíbulo, aunque continúa en el otro lado. Cuando Barrymore hubo desaparecido de mi vista salí de mi cuarto y le seguí. Un rayo de luz que salía por la rendija de una puerta entornada me dió á conocer que había entrado en una de las habitaciones del extremo opuesto. Pues bien: sucede que todas aquellas habitaciones están desprovistas de muebles y enteramente desocupadas; así es que su estancia allí, y en aquellos momentos, resultaba cada vez más misteriosa. La luz permanecía inquieta, como si él también estuviera inmóvil. Con el mayor silencio y todo el sigilo posible llegué al otro extremo del pasillo y dirigí la vista al interior de la habitación.

Barrymore se hallaba de pie junto á la ventana y tenía la vela casi pegando al cristal. Sólo le veía yo de perfil, pero me pareció que en su semblante estaba pintada la ansiedad, en tanto que, esforzando la vista, contemplaba la negra obscuridad del páramo. Así permaneció algunos momentos, inmóvil como una estatua. Luego exhaló un profundísimo suspiro, y haciendo un gesto de impaciencia apagó la luz.

»Inmediatamente regresé á mi cuarto, y á los pocos momentos sentí en el pasillo las mismas pisadas que me habían despertado antes.

»Transcurrido un buen rato, y cuando empezaba á quedarme dormido, sentí el ruido de una llave que andaba en una cerradura, pero me fué imposible distinguir desde dónde venía. No puedo figurarme lo

que significa todo esto, pero estoy seguro de que en esta casa se encierra algún misterioso secreto que me propongo descubrir pronto.

»No le molestaré con filosofías ni comentarios, toda vez que lo que usted desea únicamente son hechos, tal y como vayan ocurriendo. Esta mañana he tenido una larga entrevista con sir Henry, y tomando por base mis observaciones de anoche, hemos formado un plan de campaña que debe de conducir á algo. No expondré ahora nuestra idea, pero creo poder asegurar que mi próxima carta será curiosa é interesante.»

IX

«Castillo Baskerville, 15 de Octubre.

»Mi querido Holmes: Si durante los primeros días de mi misión me ví obligado á tenerle con escasas noticias, creo que ahora recobramos el tiempo perdido, ya que los acontecimientos llueven á jarros, como suele decirse, sobre nuestras cabezas.

»Terminé mi última carta refiriéndole cómo encontré á Barrymore asomado á la ventana, y ahora tengo mucho más que contar. Creo que el contenido de ésta le sorprenderá mucho. No pude anticipar el giro que han tomado las cosas. En el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas puede decirse, por una parte, que el asunto se ha esclarecido mucho, mientras que, por otra, se ha complicado más y más. En fin, voy á referírsele todo, para que juzgue por sí mismo.

»A la mañana siguiente á mi aventura, y antes de bajar á tomar el desayuno, fuí á examinar la habitación en que estuvo Barrymore durante la noche. Una particularidad pude notar en la ventana de la alcoba, y es que desde ella se domina el páramo mejor que desde ninguna otra de la casa. Entre dos ár-